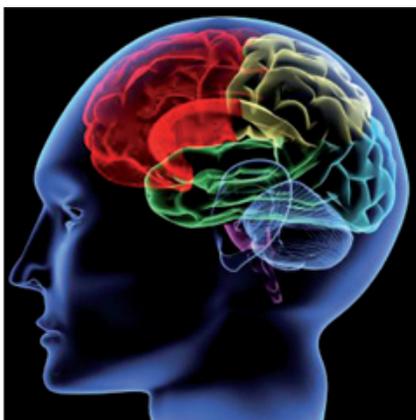


El cerebro, máquina de creencias

Autor: Ismael Pérez Fernández



Vivimos en una sociedad tremendamente dependiente de la ciencia y de la tecnología, miremos donde miremos nos encontramos con ellas. En esta época hija de la ilustración la ciencia está por doquier, pero al mismo tiempo lo pseudo-científico y lo irracional andan a sus anchas.

Si nos fijamos encontramos que cada campo de la ciencia tiene su correspondiente pseudociencia, por ejemplo, la astronomía tiene como lastre a la astrología, la química en pleno siglo XXI todavía tiene a la alquimia, los biólogos tienen que aguantar las absurdas pretensiones de los creacionistas, la medicina científica tiene el lastre de las mal llamadas “medicinas alternativas”. ¿Cómo es posible que los humanos seamos capaces de crear teorías científicas sobre el origen del Universo y al mismo tiempo creer en algo tan irracional como la astrología? La respuesta a esta cuestión puede ser compleja, pero parte de la misma se encuentra en nuestros cerebros. Como bien ha indicado el neurólogo **Oliver Sacks**, el cerebro es una máquina de creencias.

El cerebro es un buscador de patrones insaciable, de hecho, encuentra patrones cuando los hay y cuando no

los hay. Imaginémosnos que estamos en la selva hace millones de años y entre la vegetación vemos lo que parece ser la cara de algún tipo de depredador, caben dos opciones, que haya un depredador o que no, si lo hay y nuestro cerebro lo reconoce podremos ponernos a cubierto antes de que sea demasiado tarde, si no hay ningún depredador y salimos corriendo no habremos perdido nada. Pero si cometemos el error al revés, es decir, si hay un depredador y nuestro cerebro no es capaz de reconocer el patrón que percibe como el rostro del depredador, no huiremos y probablemente lo paguemos con nuestra vida. El encontrar patrones tiene una clara ventaja evolutiva, aunque al mismo tiempo nos haga ver rostros en las nubes, o en las paredes de una casa de **Belmez**.

Pero no sólo buscamos patrones y los encontramos donde no los hay, sino que además les asignamos una intencionalidad, como si algo o alguien estuviera provocando ese patrón. Un sencillo ejemplo nos servirá para explicarlo. Probablemente en alguna ocasión tenías prisa por llegar a algún sitio e inexplicablemente todos los semáforos se han puesto uno detrás otro en rojo, automáticamente tienes la sensación de que algo o alguien está detrás de este complot para que no llegues a tiempo. Primero ves un patrón donde no lo hay, ya que los semáforos simplemente siguen el comportamiento para el que han sido programados y después le asignas una intención como si algún agente ¿el Universo, Dios...? estuviera causando intencionadamente ese patrón que has percibido.

Las causas de las creencias irracionales no acaban ahí. La investigación en psicología ha puesto de relieve la colección de sesgos cognitivos que tenemos, los cuales nos impiden valorar la información de forma correcta cuando ésta nos llega. Por ejemplo, existe el efecto **Forer**, según el cual ante una

descripción muy vaga y general de nuestra personalidad nosotros la interpretamos como una descripción muy precisa y adecuada a nosotros. Cuando alguien afirma que su vidente le advino cosas, realmente lo que estamos viendo funcionar es el efecto Forer. Otro sesgo que se ha descubierto consiste en que todos tenemos la tendencia adoptar las creencias y el comportamiento de la mayoría del grupo del que formamos parte. Además está el sesgo más importante, el sesgo de confirmación, que consiste en que todos, absolutamente todos, aceptamos las pruebas que apoyan nuestras creencias previas pero desestimamos, obviados o acomodamos las pruebas que contradicen esas creencias.

Todo esto nos hace susceptibles de creer cualquier cosa por extraña y disparatada que sea. Se suele argumentar que las creencias son algo privado. Es cierto que cada uno cree lo que cree por buenas o malas razones, pero al mismo tiempo, todos nos comportamos en base a lo que creemos, lo que sabemos y lo que creemos que sabemos, es decir, las creencias tienen también una dimensión pública. Conocer nuestras limitaciones y sesgos nos ayudará a encontrar qué creencias son falsas y/o peligrosas, lo cual cada vez se hace más perentorio para poder vivir en una sociedad tremendamente compleja.

